

trocado en brío y en animación; su mirada tranquila y honda, al parecer destinada sólo á introinspeccionarse y á definir el móvil de las acciones propias y ajenas, era brillante, enérgica, viva, y pasaba súbitamente de un objeto á otro; la nariz, de aletas finas, nerviosas y movibles, se ensanchaba como queriendo aspirar toda la atmósfera de aquel día, toda la savia y toda la luz de aquel lugar, todo el panorama de aquella barranca escueta, de aquellos cerrillos pelados, de aquel riachuelo, de aquel poblacho que quizás veía ya famosos y renombrados en su propia historia y en la historia nacional.

Mediante un movimiento que Pancho no supo ni llegó á comprender entonces, apareció á escape un golpe de caballería que venía seguido á corta distancia de una columna imperialista. Los caballos de los jinetes se acordonaban y disminuían el fondo, los jinetes asomaban las manos crispadas y los sables relucientes por sobre los jaranos de los que les seguían, se precipitaban á la carga acuchillando sin piedad á los que se escapaban, rompiéndoles espaldas y cabezas, brazos y troncos, y Porfirio contemplaba aquello sin pestañear.

— ¡Pero si son los nuestros!

— ¡Pero si son los de Ramos! rezongaban los infantes que veían aquel destrozo.

De repente, como si hubiera sido una respuesta á las censuras, sonó una descarga, una descarga cerrada y

uniforme que salió del magueyal, detuvo el camino de los orgullosos jinetes y permitió á la caballería republicana seguir retirándose por el barranco. El comandante vió que uno de los contrarios soltaba la rienda, alzaba las manos al cielo, las bajaba para tantearse el pecho, veía por última vez el campo verde, el cielo azul, los uniformes chillantes, todo, y que caía del caballo cuán largo era. Otro lograba echar pie á tierra, cogerse de un árbol, tenerse un rato, y luego, después de un vómito de sangre, deslizarse poco á poco, suavemente, lentamente, tristemente. Un tercero caía como herido de un rayo, abiertas las manos, espantado el rostro y con un pie cogido del estribo era arrastrado por el penco. Y más allá uno de quepis rojo con espiguillas de oro, dejaba caer de golpe la rienda y el arma; otro se cogía el brazo izquierdo, que colgaba sobre la cabeza de la silla como si fuera cosa muerta y disgregada del resto del individuo; un caballo erraba de una parte á otra con la crin erizada, un zarape verde por el suelo y unas árguenas apretadas de provisiones, y otro, tordillo quemado, parecía oler la pólvora y entender el toque de los clarines y quererse precipitar sobre el enemigo con la furia del jinete que le había montado...

La caballería volvió bridas á toda carrera, y Pancho oyó entonces tocar alto y frente á la derecha, quedando la fuerza de González en lo alto de una colina y alejándose



la de Ramos en dirección que el militarillo ignoraba, pues aquél había recibido las órdenes directamente del general.

En lo alto sorprendió á Olivos el espectáculo de la gente enemiga encaramada en otro collado semejante al en que se hallaban los republicanos y separada de éstos sólo por un barranquillo de poca profundidad. Las columnas eran tres y podían contemplarse á la simple vista: una, la de la derecha, la formaban soldados de caballería de altanero porte, con lanzas en las manos y banderas en las lanzas, con enormes sombreros y formidables barboquejos, y mandados por oficiales de brillantísimos uniformes. La columna siguiente la componían soldados de á pie. Se notaban en ella asomos de uniforme: chacós legítimos ó deformados, algunos paños de sol diseminados en algunas nuca morenas, pantalones remangados hasta la rodilla, fusiles relucientes, y á veces botones amarillos, cintas y hasta galones. Pancho se fijó por primera vez en la cara de los contrarios y deploró no poder contemplarse la suya: bajo la capa de polvo que emblanquecía pestañas, cejas y cabellos, bajo la capa de mugre y bajo el pigmento morenuzco mate de los indígenas que tenía al frente, se veía un fondo de lividez, de expectación, de horror á lo que podía venir, que el muchacho no pudo menos de estremecerse recordando lo que tenía guardado en el pueblo y lo que podía dejar mediante la veleidad de cual-

quier bala tocada de locura. La tercera fracción, que era también de infantería, presentaba el espectáculo más raro que hubiera contemplado nunca el buen Olivos. Pantalones rojos de zuavos, pantalones azules de cazadores, pantalones cortos de belgas, sombreros con plumas, cascos relucientes, *calottes* coloradas ó azules, capas, dormanes, pellizas, charreteras, galones, todos los uniformes franceses, austriacos y belgas se hallaban allí haciendo un *pandemonium* de color, de brillo, de forma, de todo, cual si se les hubiera convocado solamente para deslumbrar los ojos y complacer el gusto.

Las tropas se contemplaron un momento como para medirse con la vista antes de medirse con las armas; luego partió un cañonazo, después varios tiros de rifle. Los republicanos respondían poco á los disparos de los imperialistas, pues les faltaban las municiones; los cañoncitos hacían mucho daño y parecía imposible contrarrestarles. Porfirio estaba pálido, se mordía el bigote, se azotaba las botas con el fuste y respondía con monosílabos á las interrogaciones que le dirigían.

— Mi general, la tropa que defiende el paso del río ya no tiene *parque*, dijo un oficial que llegó jadeante.

— Pues que armen las bayonetas.

— No todos las tienen.

— Los que las tengan.

Notando Francisco que el general dirigía constante-



mente miradas hacia una loma cercana, vió en lo más elevado de ella á un rancharo que parecía contemplar todo con indiferencia filosófica.

Las tropas de Oronoz se habían desordenado con un ataque de González; un batallón se había corrido hacia la izquierda; pero pronto se habían repuesto y la ventaja de los imperialistas continuaba sin interrupción. Porfirio seguía mirando hacia la loma, pero al fin, de seguro impaciente y nervioso, picó espuelas á su caballo y recorrió todo el frente de sus tropas seguido apenas de lejos por Francisco.

— ¡Amigos, hermanos, decía el general con la voz á un tiempo llena de energía y de cariño; no hay que flaquear, no hay que consentir en que se lleven ésta los imperialistas! ¡Adelante, vamos adelante, vamos á probarles á estos bellacos que somos los mismos soldados de oriente, que no cuentan todavía la primer derrota en esta campaña!.. ¡Adentro, oaxaqueños!.. ¡Adentro, soldados del cinco de Mayo, soldados de Puebla, soldados de la libertad!.. ¡Adentro, hijos! ¡Adentro, soldados de la patria!

Y como si hubiera sido obra de un filtro mágico y seguro, los excelentes muchachos se reanimaban, se consolaban, se sentían llenos de nuevo ardor.

— ¡Viva México!

— ¡Viva Porfirio!

— ¡Viva la libertad!

Y tras aquellos gritos y aquel entusiasmo, todos los

que rabiaban de ira y de impaciencia considerando la pequeñez de sus elementos, conocieron que llegaba la hora de la lucha y del triunfo y de la gloria.



— ¡Adentro, Oaxaca!... ¡Adentro, muchachos!... gritó Porfirio poniéndose á la cabeza de una columna y bajando la barranca montado en su caballo negro.

Y Pancho, que seguía de cerca al caudillo, le vió ágil, gozoso, bello y noble y agigantado: empuñaba con la mano derecha su espada gloriosa y con la izquierda señalaba á la tropa el camino de la posición del enemigo; en su rostro atezado se veía brillar como dos carbones incandescentes los ojos grandes, imperativos, llenos de prome-



sas, de coraje, de amenazas, de placer y de odio, y sobre la frente, como el ala misteriosa de un ave agorera, el mechón de cabellos negros que volaba al viento empapado en sudor de gozo y de angustia.

— ¡Adentro, muchachos!..

Y la tropa, antes amedrentada, triste y casi moribunda, seguía á aquel joven que la atraía y la dominaba. «¡Adentro!»; y la columna bajó hasta lo hondo del foso en que la quemaban y la hacían pedazos los disparos de la gente de Oronoz; «¡adentro!»; y subió, con ardor que no se hubiera creído jamás, la ladera del barranco, trepó hasta los labios de la enorme abertura y se encontró cuerpo á cuerpo con los aborrecidos imperialistas, que sin asustarse les recibían con la bayoneta calada...

Porfirio ya no necesitó valerse de la voz, ni del gesto, ni de la actitud; el combate estaba empeñado, empeñado á muerte; de una y otra parte salían enemigos, que primero se acometían con la bayoneta, luego se destrozaban con el cuchillo ó se golpeaban con las manos, ó se herían con las uñas; los republicanos llegaban con todo el ímpetu del mundo, los otros resistían á pie firme. Había ocasiones en que dos ó tres de los defensores del desfiladero se ensañaban contra uno solo de los que embestían; el atrevido caía al suelo, quedaba hecho trizas, pero luego venían dos ó tres de los del bando del muerto y daban cuenta con los primeros y otros acudían en defensa de aquéllos y se

formaban verdaderos racimos humanos dantescos, fúnebres, espantosos, en que aparecían aquí manos, allá bustos, en esta parte rostros, y en esotra pies crispados y descalzos, entrañas humeantes, restos de uniformes, quepis, charreteras, espadas y rifles. Los cañones enemigos batían sin cesar, aun con riesgo de herir á los suyos; pero no había quién les hiciera caso, y como no tardaron los de Porfirio en caer sobre las piezas quitándolas á machete limpio, el duelo se desenlazó por fin quedando por los que atacaban el pedacito de tierra lleno de matojos sangrientos, de piedras picudas, de espinas dolorosas, de huizaches y chaparros copados y repletos de pinchos. Más arriba quedaban el monte apretado de verdura y el cielo azul, invariable y clarísimo, por donde pasaban legiones de aves carniceras.

Olivos volvió cerca del general con el sable roto, despedazado el uniforme, el pecho enrojecido, la faz congestionada, sudoroso y acezando.

— Se ganaron los cañoncitos, mi general...

Pero el jefe le señaló la fracción que González había atacado y que al principio había cedido á su empuje; la tropa aquella se retiraba, parecía que los nuestros se calzaban el terreno; mas al fin se habían rehecho los extranjeros que formaban aquella originalísima columna y volvían conducidos por un oficial que hacía retroceder á la infantería de González. El valiente coronel, sintiendo



que fusilaban á su gente desde la altura, hizo otro esfuerzo para encaramarse, emprendió nuevo ataque y trató de reocupar lo perdido; mas en el momento en que le iba á auxiliar Díaz, vino un nuevo ímpetu de Oronoz, que consideró podía algo contra aquella menguada tropilla.

Se preparaban los unos á atacar de nuevo, los otros á conservar lo conquistado, cuando de súbito Porfirio se puso al frente de la tropa, mandó que dispararan los cañones y reanudó el combate con la reserva de Oronoz, tropa excelente y de fresco.

— ¡Adentro, hijos!.. ¡Vamos, oaxaqueños! gritaba el jefe resuelto á jugar otra vez el todo por el todo... ¡Adentro, que delante de ustedes va su general, su amigo!.. ¡El que más avance no avanzará más que yo!.. ¡Campo, campo, que aquí acaba la canalla imperialista!..

Y cuando los soldados, enardecidos con el triunfo y medio locos con las frases del jefe adorado, se preparaban á deshacer aquellas tropas recién llegadas, que quizás les habrían deshecho á ellos, se oye un clarín, el clarín republicano, se ve un pendón, la vieja bandera del segundo de Oaxaca, aparecen muchos caballos á galope y á su lado el jefe que tanto se esperaba, Ramos, que llega esparciendo el terror entre los amedrentados imperialistas.

La caballería que bajaba desordenó á la de Oronoz; la infantería quedó en desorden por aquella carga brusca é inopinada: todo fué huída, confusión y muerte. El ala

izquierda quedó apresada por compañías enteras, y al tratar de huir los que quedaban eran deshechos por el fuego de los tiradores ocultos en el maizal; los oficiales corrían á buscar sus caballos, pero como los habían dejado juntamente con los bagajes, ocultos á la retaguardia, por donde había llegado Ramos, tuvieron que defenderse y morir á pie firme. La cosecha de prisioneros fué inmensa, pero mayor habría sido si de ella se hubieran curado los republicanos, que, no teniendo armas ni municiones, se limitaban á quitarlas á los fugitivos y á quedarse con ellas para seguir combatiendo.

Se escapaba la caballería, se escapaban los infantes, era el terrible sálvese quien pueda; pero seguía combatiendo un grupo compacto y duro que se había apoderado de una eminencia; eran aquellos oficiales extranjeros atestados de colorines y de galones, que, agrupados alrededor de su bandera, luchaban sin esperanza y sin tregua. Pero no había que pensar en que pudieran resistir; la noche se venía á toda prisa, y mientras el grupo republicano se ensanchaba el otro se disminuía.

— ¡Ríndanse! gritaban los vencedores.

Pero á cada intimación contestaba el grupo heroico con más tiros, hasta que, repentinamente, cesó la resistencia y pudieron ser cogidos los pocos que rodeaban el estandarte. La noche avanzaba, la noche, que haría descansar el odio de los dos bandos. Sólo se oía el galopar de



algunos caballos, los lamentos de los heridos, los gritos de gozo de los vencedores: era la calma tras la brega formidable y recia...

\*  
\*  
\*

El primer cuidado de Olivos fué echar un ojo á los prisioneros. Se hallaban aglomerados en el patio del mesón de donde habían salido los republicanos antes de empezar la lucha, y los oficiales, que no eran pocos, ocupaban un cuarto larguirucho y mal alumbrado que se hallaba á cierta distancia.

— A éstos les truenan, le susurró por lo bajo un oficial que le acompañaba.

Y cuando trató de orientarse entre aquel mar de caras morenas, de cabezas rubias, de uniformes disímiles, de bigotes caídos y de carrillos, frentes ó barbas hendidas y manando sangre, vió que se le dirigía resueltamente un oficial, que, echándole los brazos al cuello, le dijo con efusión:

— ¡Pancho, Panchito de mi alma! ¡Bendito sea Dios que me permite verte! Tú te encargarás de decirle á mi Nicole que muero como un valiente...

— ¡Récal, zuavo de los demonios!, ¿pero quién se había de figurar que andabas por aquí?

— Ya lo ves, la fuerza de la sangre...

— ¡Qué sangre ni qué niño muerto!... Y usted, ¿qué hace por aquí, señor de Boldi?, le preguntó á un vejete que le tiraba por la manga.

— Tues, Tancho, me tarece que la tregunta...

— A usted sí le truenan, hombre de Dios.

— ¿A mí? si no era más que trovedor.

— Pero el general es inflexible con los traidores. Ya lo verá.

Empezó el vejete á afligirse, luego miró la cosa tan seria como se la pintaba su amigo y al fin se echó á llorar.

— ¡Si lo hacía tor mi familia... tor mis hijos!

Se rió Francisco á pesar de lo apretado del caso, recordando sin

querer el cuento de guajolote estéril, y al fin, consolando á los presos lo mejor que supo, se marchó á ver al general. Porfirio estaba atareado en extremo: recoger armas, municiones, heridos y muertos, determinar cómo se había de levantar el campo, cuidar de una vuelta posible de la tropa derrotada, y, sobre todo, substraerse á los abrazos, á

